



DESPUÉS DEL TABACO

Arquitecturas textiles en la escena urbana

Pascual Riesco Checa

En la consideración del paisaje de las ciudades ha sido habitual distinguir un cuerpo de calles y edificios, que aporta el armazón básico del diseño urbano, y una piel, con materiales y texturas específicos, que compone las fachadas y los suelos: piedra, cristal, cemento, adoquines, asfalto integran la materia de paramentos, calzadas y aceras, amoldándose a la forma de la ciudad. Por añadidura, sobre la piel va el vestido. Esta función la desempeñan toldos, persianas y otros apliques textiles que revisten los edificios y los vinculan con la calle y las aceras. Extendiendo la analogía indumentaria, podría pensarse en los complementos, función reservada al mobiliario urbano.

Este esquema metafórico se ve desestabilizado por varios fenómenos contemporáneos. Los nuevos procesos de construcción acuden a materiales antes insólitos, por lo que no es infrecuente que la arquitectura textil, lejos de limitarse a cubrir anejos, pabellones o pérgolas, se instale en el núcleo de la creación edilicia. Por otro lado, es frecuente en el diseño urbano problematizar la distinción entre interior y exterior o entre privado y

público, como atestiguan recientes reflexiones sobre el disfrute público de las plazas interiores en rascacielos neoyorquinos, o, en sentido opuesto, denuncias reiteradas de la ocupación de aceras para usos comerciales privativos (*García García, 2005*).

Puede añadirse otro factor determinante, que enlaza con la fruición acumuladora intrínseca al sistema de mercado. Es frecuente oír hablar del *clutter* (abarrotamiento, revoltijo) como plaga que afecta a los hogares del mundo occidental. La sobrecarga de objetos en los interiores los convierte en lugares saturados, espesos y, en último término, incómodos. El mismo proceso se hace notar en calles y plazas, víctimas de un sobreameblamiento que sepulta las formas del urbanismo bajo un sinfín de piezas forzadas a convivir. Estos apliques y complementos adquieren tal protagonismo que ofuscan la lectura de la ciudad, interponiéndose entre peatones y paisaje urbano hasta el punto de suplantarlos.

Es perceptible la tendencia hacia un mobiliario urbano de proporciones cada vez más masivas. El carácter liviano e improvisado que era propio de quitasoles, marquesinas,

toldos y velas va cediendo el paso a piezas musculosas y extensas, con grandes varillajes, motorizaciones, fustes y peanas. La ligereza de sillas y mesas es reemplazada, especialmente en locales de copas, por muebles contundentes: aparatosos sillones, tumbonas, poltronas y hasta camas. Los veladores se equipan hasta los dientes: protecciones laterales mediante mamparas que acotan el recinto; capotas motorizadas; macetones; ceniceros; sombrillas calefactoras; pérgolas con cortavientos; tarimas y alfombras; césped artificial; humidificadores... Son recursos que ortopedizan y espesan, acudiendo por lo general a elementos mostrencos de catálogo, la escena tan europea de lo que se ha llamado *pavement café culture* o *culture boulevardière* (*Oosterman, 1992; Montgomery, 1997*).

Ha de observarse que, en un pasado no remoto, la presencia de toldos y velas en la calle tenía un carácter leve y pintoresco, de espontánea travesura, que propició alguna vibrante alabanza a su expresividad. Altolaguirre (*Diario al aire libre, 1949*) evoca una feria al aire libre en Méjico: "Las calles son mayores y más profundas bajo los improvisados toldos". Nada más opuesto a muchos parasoles de bar contemporáneos, enfáticos y aparatosos, que ni ensanchan ni ahondan el paisaje callejero. Y prosigue: "Una frescura de sábana airosa, un descanso de embozo mañanero se sentía al recorrer la feria. Como pantallas para iluminar los rostros, tales doses favorecían las facciones, y las vendedoras y vendedores, sin sombras en los rostros, lucían los finos caracteres de la raza. Nitidez que también hacía resaltar el colorido y la forma de las mercancías". No sólo se acusa aquí el efecto benéfico de los materiales y la ligereza de las formas. También la frescura de sábana que se hincha al viento, que resuena en otro elogio, éste de Ramón Pérez de Ayala (*Tigre Juan, 1926*): "desde la hora prima de la



Terraza de bar cubierta. Jerez de la Frontera

mañana la Plaza comienza a borbotar con espumosa muchedumbre de puestos del aire, con toldos de lona agarbanzada, al modo de un campamento o una flota de galeones a toda vela"; "los toldos de lona, repletos de viento, le evocaban el velamen de los navíos". Tejidos naturales y dinámicas airosas actualmente insólitas en las aceras.

Por inercia, las ordenanzas parecen seguir contemplando un tenue escenario de quita y pon. Se da por supuesto uno de los caracteres principales del *attrezzo* o utilería urbana, la ligereza: meros elementos móviles o desmontables asociados a un local de uso público; mesas, sillas, floreros, cubriciones ligeras. Pero el hecho es que los equipamientos son cada día menos livianos, si no en la masa, sí en la presencia visual. Y la escala casi industrial del mobiliario comercial de exteriores trae aparejadas consecuencias que incrementan su impacto. Al ser elementos de gran formato y peso, retirarlos o desplazarlos es tarea ingrata. En el caso de las sombrillas, debido a la dificultad de plegarlas, emerge un hábito nuevo. Ya no es costumbre cerrarlas cuando se pone el sol; por el contrario, se dejan permanentemente extendidas de día y de noche, lo que incrementa su presencia y efectos. Sorprende que la clientela acepte de buen grado sentarse, en alguna noche de luna o en algún exquisito atardecer, bajo parasoles que nadie se ha molestado en replegar. Es cierto que los toldos de importantes metrópolis europeas se dejan también permanentemente bajados; así ocurre en París, capital de la cultura del café callejero;

sin embargo, se trata allí de elementos que a fuerza de años se han integrado en la arquitectura del bulevar, con colores y formas bien calibrados, y ceñidos al paramento.

CARPAS Y NAVES PARA VELADORES: LA PROLIFERACIÓN DE UNA INFRAARQUITECTURA

Urge reflexionar sobre una rama de este fenómeno. El sobreequipamiento de los veladores, y en particular la cubrición completa de parte de las aceras con elementos estructurales de arquitectura textil, conduce a manifestaciones insólitas de ocupación de lo público. Se trata de la cubrición ligera, mediante pabellones autoportantes, de sectores de acera o de parque para resguardar áreas de veladores: una arquitectura de franquicia, anónima, proliferante y sin denominación de origen. Los creadores de estos anejos, que se erigen mediante pérgolas, carpas, toldos-cortina y cortavientos de material textil, vidrio o plástico, son empresas distribuidoras de productos de catálogo.

La nueva ley anti-tabaco, y sus equivalentes en Europa, han exacerbado esta tendencia a situar en calles y plazas tales invernaderos de plástico y lona que, por su persistencia y volumetría, tienen entidad arquitectónica pero que, por regla general, no son fruto de un proyecto de estudio. Hasta tal punto son elementos insólitos en el paisaje urbano que carecen aún hoy de una denominación convenida. El diseño de estos anejos no suele aparecer en el planeamiento ni la legislación sectorial de protección del patrimonio. Las ordenanzas de veladores

apenas tocan el núcleo del problema, pues reducen las restricciones a vagas recomendaciones formales. Y sin embargo, los pabellones, pérgolas, carpas y otros anejos que crecen sin cesar en torno a bares y cafeterías son elementos claramente arquitectónicos; son edículos modificadores de la morfología de la ciudad, que se sitúan a menudo en entornos patrimoniales.

Es por ello sorprendente que, en cascos antiguos donde cada actuación sobre las viviendas requiere autorización y proyecto, puedan brotar de la noche a la mañana tales excrecencias, sin más limitaciones que las establecidas en unas ordenanzas que suelen ceñirse a sumarias indicaciones acerca de grafismo, colores, materiales y dimensiones. Se ha venido concediendo a estos elementos un tratamiento análogo a los toldos y marquesinas, que van al ras de la fachada. Esta consideración pasa por alto la naturaleza profundamente ambigua de los pabellones exentos o adosados para veladores: son, en efecto, elementos accesorios, coordinados a los edificios de los que dependen, pero modifican, a veces sustancialmente, las condiciones de accesibilidad y el tránsito en la vía pública.

La coartada principal de tales pabellones de veladores es su consideración como arquitectura efímera, de fácil desmontabilidad. Se trataría según ello de elementos provisionales, que ocupan el espacio público sólo de forma incidental. La experiencia suele demostrar lo contrario. La mayor parte de estas piezas llegan a la ciudad para quedarse. Ni de día ni de noche, ni en verano ni en invierno se desmontan.



Cubrición ligera de terraza. Albufeira (Portugal)

Podría pensarse que los pabellones exentos o adosados para cafés responden a una tipología ya consolidada, la de los quioscos y tinglados de refrescos, propios de los paseos y parques desde al menos el siglo XIX (De la Madrid Álvarez, 1991; Fernández Fernández, 1989). Pequeños templetos del ocio y la sociabilidad burguesas, estas obras, de las que algunos ejemplos han perdurado, solían acudir a arquitecturas orientalizantes o de fantasía, con alusiones al palanquín, al belvedere o al baldaquino; su fábrica era de madera o de hierro colado sobre ladrillo o cantería; los vitrajes, de cristal transparente o coloreado. El hecho fundamental es que tales obras eran generalmente resultado

de un proyecto de arquitectura; en caso contrario, derivaban de una artesanía que recurría a carpinteros expertos o a fundiciones locales. En la Sevilla de entresiglos, tales quioscos de refrescos recibían el nombre de "puestos de cristales" (Infanzón, 1979 y 1982). En cambio, las actuales carpas de hostelería son productos seriados, ofrecidos por casas comerciales, de instalación indistinta; ningún proyecto de arquitectura se hace responsable de su diseño. Volumetrías pobres, de mero relleno del espacio disponible, que no establecen ninguna relación con el entorno construido; o bien formas estereotipadas, conoides de lona tensada, pabellones hexagonales y toldos vela.

Por ello, es decisiva la elección de materiales. Generalmente se trata de lonas plastificadas con PVC, PVDF, ETFE y otras siglas de la Química orgánica. Los paneles cortavientos a menudo se hacen con láminas traslúcidas de material sintético. Es frecuente en los materiales un tratamiento que persiga situarlos al margen de la deriva natural: repelente al agua, antirrayos UV, antimoho, antiambiente salino, antipútrido, antienviejecimiento, antipolvo, antifuego y autoextinguible. El resultado suelen ser texturas y semblantes francamente abióticos, que envejecen con absoluta inexpresividad, degradándose sibilinamente pero sin mostrar pátinas ni otras marcas venerables de edad: el angustioso mutismo de un material que nace muerto.

Por otra parte, se asiste a una desconfianza colectiva hacia un elemento que podría reconciliar algunas tensiones urbanas a la hora de equipar los espacios públicos: la vegetación. En muchas plazas arboladas, es superfluo el toldo o la carpa. Ocasionalmente podría pensarse en un diseño de cubriciones que complementara ágilmente la sombra natural procedente de árboles y pérgolas. La distribución de sombrillas y carpas se plantea a menudo con total indiferencia a la oferta de sombras naturales, creando desorden y redundancia. Ha de añadirse a ello el marcado retroceso de los emparrados y pérgolas como elementos de sombra. Los hosteleros suelen descartarlos: dan mucho trabajo, atraen avispa, no son higiénicos. La clientela no parece tampoco echarlos de menos. Esperemos que tales percepciones sean un extravío pasajero, porque el bienestar y la calidad de la sombra vegetal no admiten parangón.

El emparrado trae inmediatas asociaciones deleitosas, resonancias de Renoir en su *Moulin de la Galette*. En el paisaje de la ciudad de Sevilla es elemento hondamente arraigado: recuérdense los emparrados del Alcázar o los de los ventorros en la novela costumbrista, los cuadros de Villegas Cordero, las recreaciones de ambiente en Bécquer o Fernán Caballero, el arraigo en la memoria colectiva. Se repite en efecto el topónimo



Sevilla: los excesos del amueblamiento callejero

La Enramadilla; además de la ya conocida junto al camino de Alcalá de Guadaíra, existía la Enramadilla de Chapina en la salida de Triana hacia Castilleja (Montoto, 1990). Podría entenderse en la acepción 'cobertizo natural formado con las ramas de los árboles para dar sombra o abrigo' (Domínguez, 1853), aludiendo a una venta enramada, es decir, con emparrado, situada en el ejido sevillano, donde el tráfico de gentes y ganados invitaba al reposo a la sombra.

En todo caso, el debate en lo tocante a la vegetación o los toldos, como en torno a otras disyuntivas urbanas, es inagotable. Ya Madoz lo plantea hacia 1845 al reflejar la discusión surgida sobre el arbolado de la gaditana Plaza de Mina. *"Créese por algunos, que el emparrado agregado posteriormente, quita la hermosa diafanidad de la plaza, y afea notablemente el conjunto por ser una idea nueva, contraria al pensamiento principal. [...] Pero otros opinan por el contrario, que el emparrado contribuye a dar a la plaza un aspecto agradable en el verano y el otoño"*. Ninguna de las dos opiniones es incontestable; pero en la duda cabe pensar que la discusión sobre la esfera pública, siempre que sea rica y matizada, por sí misma hermosea la ciudad.

COMPLEJIDAD Y EXPRESIVIDAD EN LA VÍA PÚBLICA

Para la escena urbana no sólo son decisivas las formas de calles y edificios, que sirven de telón de fondo a los intercambios sociales y que proponen o impiden recorridos, sino también los modos y ritmos de interacción, las miradas cruzadas, la accesibilidad sensorial de los peatones a otros peatones. En la esfera pública de unas calles bien resueltas, haciendo verdad la sentencia alemana *Stadtluft macht frei* 'el aire de la ciudad libera', el libre escrutinio de todos hacia todos es compatible, paradójicamente, con la espontánea privacidad de las vidas urbanas (Montgomery, 1997; Knox, 2005). La tendencia creciente a separar los veladores, interponiendo mamparas de cortaviento o macetones, y añadiendo planos de cobertura vertical a los toldos, así como la proliferación de carpas para las mesas de café de exterior, introduce



Infraarquitectura de lona plastificada. Salamanca

en las aceras una segregación disruptiva del flujo social. Quienes ocupan las mesas de los veladores quedan apartados del tráfico peatonal. Especialmente si entre unos y otros se disponen cortinas de material plástico, con pantallas traslúcidas cortavientos, que introducen una visibilidad cruzada turbia, abollada y de bajísima calidad escénica.

Mirarse en la escena callejera tiene infinitas coartadas. Objetos socialmente reconocidos como públicos (escaparates, adornos, o los recorridos impuestos por edificios y aceras) sirven pretextos para que los transeúntes se miren, furtivamente o no. Esta libre movilidad de las miradas se frustra cuando se establecen filtros separadores que rompen el espacio de la calle. La arquitectura de plástico define una espacialidad sin límites sólidos; diluidas fronteras entre exterior e interior, más bien filtrados mediante superficies vagamente traslúcidas, cuya baja calidad expresiva degrada los encuentros. Parece inconcebible que centros urbanos que aspiran a ser considerados modelos de excelencia patrimonial se vean abrumados por volúmenes de lona y plástico, con ventanas y apliques comparables a los avances de una autocaravana, más propios de un camping o de una romería.

Ciertamente, se suele argüir que la escena urbana gana cuando se vuelve compleja y rica, y que los equipamientos de veladores contribuyen a ello. Se puede conceder

este argumento en algunos casos, y no hay regla general. La complejidad por sí misma no garantiza un paisaje urbano más interesante. Tampoco la inmisericorde parquedad de algunas intervenciones minimalistas. Numerosos factores de contexto e interpretación intervienen a la hora de metabolizar la complejidad. El éxito de muchas fórmulas urbanas no se puede conocer de antemano, aunque quepa reflexionar sobre sus causas (Jacobs, 1961; Montgomery, 1998); es la predilección expresada por los ciudadanos a lo largo de los años el fundamento que consagra determinados enclaves de ciudad: la Plaza Mayor de Salamanca, por ejemplo. La presencia de improvisados toldos y tendedores en el abigarramiento de una medina musulmana es atractiva en virtud de una serie de expectativas culturalmente reforzadas, y deriva parte de su encanto del hecho de su ligereza e improvisación, así como de la utilización (ya en franca crisis) de materiales tradicionales. Sin embargo, cuando este mismo ajuar callejero se vuelve enfático y ortopédico, o empieza a recurrir a equipamientos de gran almacén, la sensación dominante es otra, más parecida al agobio y al cansancio visual. Por otra parte, una fracción considerable de los veladores cubiertos no enriquece la escena callejera; simplemente secuestra una porción de la vía pública, que es vedada al acceso visual o peatonal.

Alguien puede aventurar otra línea de defensa de estos volúmenes de cubrición, aduciendo su utilidad para conservar un espacio público animado y rico en situaciones sociales de exterior. En otras palabras, estos umbráculos y otros equipamientos de acera son el precio a pagar para preservar unas calles vivas y pobladas. Nuestra impresión es la contraria. En un comienzo es bueno investigar modos de hacer más hospitalario el espacio público, favoreciendo la presencia prolongada de usuarios de terrazas, que han de contribuir a dar vitalidad a la ciudad. Pero la voluntad de convertir los exteriores

en espacios tan ricamente equipados, tan defendidos de las inclemencias, tan blindados, termina desvelándose como una operación que simplemente coloniza la calle con anejos construidos (naves, carpas, pérgolas) que roban espacio a la esfera pública para incorporarlo a un uso privativo. Es decir, la actividad comercial va fagocitando acera; los edificios se expanden hacia la calle con el pretexto de equiparse; el tráfico peatonal se ve cohibido; y el tejido urbano se ve alterado por diversas protuberancias, celdas y excrecencias implantadas sin deliberación ciudadana.

En síntesis, se asiste al desembarco en el paisaje urbano de una arquitectura subrepticia pero contundente, que toma posesión de calles y plazas con elementos de muy baja calidad formal, apenas sometidos a regulación arquitectónica. Existen opciones para controlar la degradación asociada. Es preciso reforzar las ordenanzas, investigando las implicaciones de los nuevos materiales y la nueva sociabilidad post-tabáquica en el marco urbano; y es conveniente explorar el uso apropiado de la sombra vegetal, una opción especialmente atractiva en un clima como el sevillano.



Sevilla: toldos verticales con tapajuntas enrollables

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- * DE LA MADRID ÁLVAREZ, J.C. (1991) Arquitecturas para el veraneo en el Gijón de entresiglos, *Liño: Revista anual de historia del arte*, 10: 151-174.
- * DOMÍNGUEZ, R.J. (1853) *Diccionario Nacional o Gran Diccionario Clásico de la Lengua Española (1846-47)*. Madrid-París, Establecimiento de Mellado. 2 vols.
- * FERNÁNDEZ FÉRNANDEZ, X. (1989) Una arquitectura desaparecida: Kioscos de refrescos y tinglados de feria de los jardines de Méndez Núñez de La Coruña, *Boletín Académico (La Coruña)*, 10: 40-57.
- * GARCÍA GARCÍA, A. (2005) Miedo y Privatización de los espacios públicos: ¿Hacer o deshacer la ciudad? En O. Gutiérrez (coord.), *La ciudad y el miedo (VII Coloquio de Geografía Urbana)*. GGU, AGE y Universidad de Gerona, Gerona.
- * INFANZÓN, A. (1979) Puestos de cristales y «arquitectura sin arquitectos», *ABC de Sevilla*, 15 de marzo de 1979, p. 73.
- * INFANZÓN, A. (1982) Para la pequeña historia de Sevilla: los puestos de cristales de la Alameda, *ABC de Sevilla*, 10 de febrero de 1982, p. 59.
- * JACOBS, J. (1961) *The Death and Life of Great American Cities*. New York: Random House.
- * KNOX, P.L. (2005) Creating ordinary places: slow cities in a fast world. *Journal of Urban Design*, 10(1): 1/11.
- * MONTGOMERY, J. (1997) Cafe culture and the city: the role of pavement cafes in urban public social life. *Journal of Urban Design*, 2(1): 83-102.
- * MONTGOMERY, J. (1998) Making a city: urbanity, vitality and urban design, *Journal of Urban Design*, 3(1): 93-116.
- * MONTOTO, S. (1990) *Las calles de Sevilla*, Librería Anticuaría Los Terceros, Sevilla.
- * OOSTERMAN, J. (1992) Welcome to the pleasure dome. Play and entertainment in urban public space: the example of the sidewalk café. *Built Environment*, 18(2): 155-164.